

ME encontraba en Yugoslavia en el año 1948, en los meses en que surgió el cisma Tito. Formaba parte de un grupo de militares comunistas españoles que actuábamos como consejeros en distintas unidades del Ejército popular yugoslavo, que tanto recordaba en aquel tiempo al Ejército republicano español. Viví intensamente los prolegómenos y la evolución del conflicto entre el Partido Comunista de Yugoslavia y el Kominform, controlado por los soviéticos.

Las primeras discrepancias —se decía— surgieron antes de acabar la guerra, cuando algunos consejeros enviados por la URSS en ayuda de las fuerzas guerrilleras de Tito, en trance de convertirse en Ejército regular, intentaron reclutar entre comunistas yugoslavos agentes para su servicio de exploración (léase espionaje). La respuesta del PC yugoslavo fue tajante: si desean información —advirtió— diríjanse a nosotros, al Partido Comunista hermano, pero absténganse de reclutar agentes entre nuestros militantes. A estas divergencias se añadieron otras como las de Trieste, la posible



Josep Broz, Tito, con su uniforme de mariscal.

Federación Balcánica proyectada por Dimitrov y Tito, el rumbo de la economía yugoslava y la insolencia y desmedidas pretensiones de algunos militares soviéticos que asesoraban al joven Ejército del país.

Nuestra situación —la de los militares españoles que allí nos encontrábamos— era de lo más insólita. Vestíamos uniforme yugoslavo, pero nos presentaban como oficiales soviéticos y utilizábamos los mismos nombres ru-



Tito apareció por primera vez en público en Belgrado el 27 de marzo de 1945, durante la conmemoración del cuarto aniversario del derrocamiento del régimen pro alemán del príncipe regente Pablo.

Las claves de Tito

ARTEMIO PRECIOSO UGARTE (*)

so con los que nos habían rebautizado en la Academia Frunze de Moscú. Pocos conocían nuestra verdadera nacionalidad, aunque muchos percibían en nuestras fisionomías y en nuestra manera de hablar el ruso unos rasgos que en nada recordaban a los eslavos.

Personalmente, y creo que todos mis compañeros, sentía gran simpatía y admiración por la gesta heroica, con resultados militares y políticos sin precedente, de los combatientes yugoslavos. Pero en mi comportamiento y opiniones no podía ignorar que oficialmente era un militar de la URSS, a la que, realmente, me unían, a los tres años de la derrota del hitlerismo, profundos vínculos sentimentales.

Desde que llegamos a Belgrado, en febrero de 1946, la actitud

de los yugoslavos hacia nuestro grupo fue de extrema hospitalidad, verdaderamente fraternal. Un día, el general Antonio Cordón, que entonces residía en Belgrado, nos dejó atónitos cuando nos dijo que Tito nos invitaba a cenar. Si se hubiera tratado simplemente de un gesto de cortesía, el mariscal hubiera limitado la invitación a dos o tres de los más destacados del grupo; pero no, nos llamó a todos, a los doce españoles que en aquellos días estábamos en la capital yugoslava, la mayoría de los cuales no teníamos ninguna relevancia política ni militar. Cordón nos presentó individualmente, y con cada uno Tito intercambiaba unas palabras en ruso. Superada nuestra natural timidez, la cena transcurrió en un ambiente cordial, sin protocolo. Sonriendo con frecuencia,

Tito respondió a nuestras preguntas, referidas casi todas a la recién terminada guerra. Tito vestía un flamante uniforme de mariscal, pero se comportó con gran naturalidad, sin petulancia, muy seguro de sí, intercalando humor e ironía. Subrayó en varias ocasiones la gran aportación de los yugoslavos que habían luchado en España en las Brigadas Internacionales, cuya experiencia militar les había sido muy valiosa. De entre ellos habían surgido numerosos generales como Koca Popovic, Ivan Gozniak, Peke Dapcevic, el almirante Manola.

La seguridad y satisfacción que mostraba Tito estaban justificadas. Había dirigido con gran originalidad y audacia, en las condiciones más adversas, un ejército guerrillero que llegó a fi-

jar y diezmar a una docena de divisiones alemanas. A diferencia de otros dirigentes comunistas de Europa Oriental, a él no le habían llevado a su país en avión desde Moscú para gobernar en un territorio liberado por los ejércitos soviéticos. Tito permaneció y luchó en Yugoslavia durante toda la guerra. Era el forjador de un Estado federal integrado por seis repúblicas, dos regiones autónomas y más de diez etnias enfrentadas en otros tiempos por diferencias religiosas y profundos rencores históricos. En pleno avispero balcánico, Tito y su partido estaban creando, por primera vez, una solidaridad yugoslava. Su mérito era indiscutible. Su popularidad, amplísima, refrendada en el plebiscito de 1946. Se iniciaba el culto a su personalidad, pernicioso sin duda, pero con características muy distintas al de Stalin.

En el Kremlin debía inquietar tanto prestigio, tanta independencia de pensamiento y, sin duda, el creciente ascendiente que la experiencia yugoslava tenía en el movimiento comunista internacional. Y estalló el anatema. A mediados de 1948, tras varias reuniones del Kominform, el PC

de Yugoslavia fue acusado de nacionalismo burgués, de antisovietismo, de revisionismo y demás herejías que después hemos leído dirigidas a húngaros, checoslovacos, chinos. En unas semanas, el héroe legendario Tito, el comunista ejemplar, el fiel amigo de la URSS, pasó a ser, según la prensa comunista mundial, un traidor, renegado, que preparaba la venta de Yugoslavia al imperialismo.

Para los pueblos de Yugoslavia, para los comunistas españoles que allí trabajábamos, aquellos días fueron dramáticos, desgarradores. La reacción del PC yugoslavo fue mesurada, prudente, pero firme. Habían conquistado el poder mediante una lucha heroica, habían persuadido al pueblo de la justicia de su causa, conocían bien a sus dirigentes, no estaban dispuestos a comulgar con ruedas de molino. Las acusaciones del Kominform, salvo raras excepciones, no tuvieron eco en el país. Al contrario, probablemente sirvieran para ampliar la base social que sustentaba el régimen presidido por el mariscal. ¿Y cuál fue la actitud del grupo de militares españoles? Con más o menos reservas men-



El Presidente Tito durante un safari en Kenya. Junto a él, su esposa.

tales, todos apoyamos las tesis condenatorias del Kominform. Los mecanismos de la inquisición comunista pueden lograr las mayores aberraciones. Ninguno de nosotros podía testimoniar contra el PC yugoslavo, pero el peso de la URSS era aún, en 1948, muy grande, vivíamos en

la época en la que "la actitud hacia la Unión Soviética era la piedra de toque del internacionalismo proletario". Este y otros dogmas los aceptábamos entonces con fe de carbonarios. En mi conflicto interno fue decisivo el siguiente razonamiento: apoyar a los yugoslavos significaba apartarme del PC español y privarme de una posible incorporación a la lucha antifranquista en el interior de España, lo que era, para la mayoría de nosotros, la mayor aspiración.

En noviembre del mismo año nuestro grupo salió hacia Checoslovaquia, donde pronto obtuve pruebas de la clarividencia de Tito. Muere Stalin, se celebra el XX Congreso del PC de la URSS. El hereje es rehabilitado. En 1955 llega Jruchov a Belgrado, y en el aeropuerto, cuando todos esperaban un discurso protocolario, el imprevisible Nikita comienza diciendo: "Querido camarada Tito". Sorprendido, visiblemente emocionado, el mariscal guarda sus papeles y pronuncia con dificultad unas palabras de bienvenida. Seis años había durado la campaña de difamación. La verdad, que dicen que es siempre revolucionaria, terminó imponiéndose. Resultaba, según la nueva versión soviética, que Tito no había entregado su país al imperialismo norteamericano, que Yugoslavia era un país socialista y que la Liga de Comunistas de Yugoslavia (nueva denominación del PCY) estaba experimentando formas originales, políticas y económicas, adecuadas a las peculiaridades del país.

Tito fue el primer dirigente comunista formado ideológicamente en la Komintern que se opuso a los intentos de colonización soviética, y demostró que es posi-



Tito, con algunos de los ministros de su Gabinete y miembros del mando supremo, fotografiados en su cuartal general: una cabaña en plena montaña. De izquierda a derecha, el coronel Filipovich, Edvard Kardelj, que llegaría a ser uno de los vicepresidentes de Yugoslavia; Kadonja, secretario de Tito; Cholakovich, secretario del Consejo Antifascista Nacional; Koebek, ministro de Educación, y el teniente general Sreten Zujevicu. La foto fue tomada en 1944.

Las claves de Tito

ble y necesario oponerse al coloso sin renunciar a la ideología socialista. El conflicto había puesto de manifiesto el abismo que existe entre las palabras y los hechos de los dirigentes soviéticos. Preconizan, por un lado, la lucha liberadora, la soberanía y la independencia de los pueblos, y por otro intervienen, incluso militarmente —la invasión de Afganistán es una prueba—, en los países cuya política consideran contraria a sus intereses de Estado.

En mi opinión, Tito ha sido el estadista de nuestra época que mejor ha sabido adecuar su política a dos grandes corrientes del progreso histórico: la tendencia a la mundialización de los fenómenos político-sociales, a los planteamientos supranacionales, supraestatales, supracontinentales; y la otra, aparentemente contradictoria pero complementaria, tendente a la recuperación de las peculiaridades locales, nacionales, al reforzamiento de las autonomías comunitarias, a la extensión de la democracia. Su liderazgo en el movimiento mundial de países no alineados, sus orientaciones hacia la autogestión y el reforzamiento autónomo de las repúblicas federadas de su Estado, le acreditan como estadista de talla excepcional. La experiencia yugoslava, con sus aciertos y fracasos, es a mi juicio la que puede proporcionar a los que en España aspiramos a una nueva sociedad socialista enseñanzas más cercanas.

Tito manifestó siempre gran simpatía y solidaridad por la causa de la democracia española. Pero, contrariamente a lo que se ha afirmado en la prensa, Tito no participó en nuestra guerra civil. Eso sí, desarrolló una gran actividad como funcionario de la Komintern en el agrupamiento de voluntarios de diversos países que lucharon en las Brigadas Internacionales.

Al evocar la figura de Tito me vienen a la memoria unas palabras de Brecht en su obra "Galileo Galilei": desgraciada la tierra que necesita héroes, pero como la tierra es aún desgraciada, los héroes son necesarios. ■ A. P. U.

(*) Artemio Precioso Ugarte, hijo del escritor del mismo nombre, nació en Hellín (Albacete) en 1917. Al comienzo de la guerra civil estudiaba tercer curso de Derecho. Militante del PCE, llegó a jefe de una brigada y como tal intervino en los frentes de Extremadura y Levante. Exiliado, regresó a España en 1961. Actualmente no está afiliado a ningún partido y dedica la mayor parte de su tiempo al Centro de Estudios Socioecológicos, del que fue uno de los fundadores.

LA intervención soviética en Afganistán —si bien se ha producido en un contexto de rearme occidental (decisión de instalar los euromisiles; no ratificación por Norteamérica del acuerdo Salt 2)— parece haber dado argumentos a quienes niegan la voluntad real de "détente" de la Unión Soviética o el carácter supuestamente defensivo de su estrategia militar.

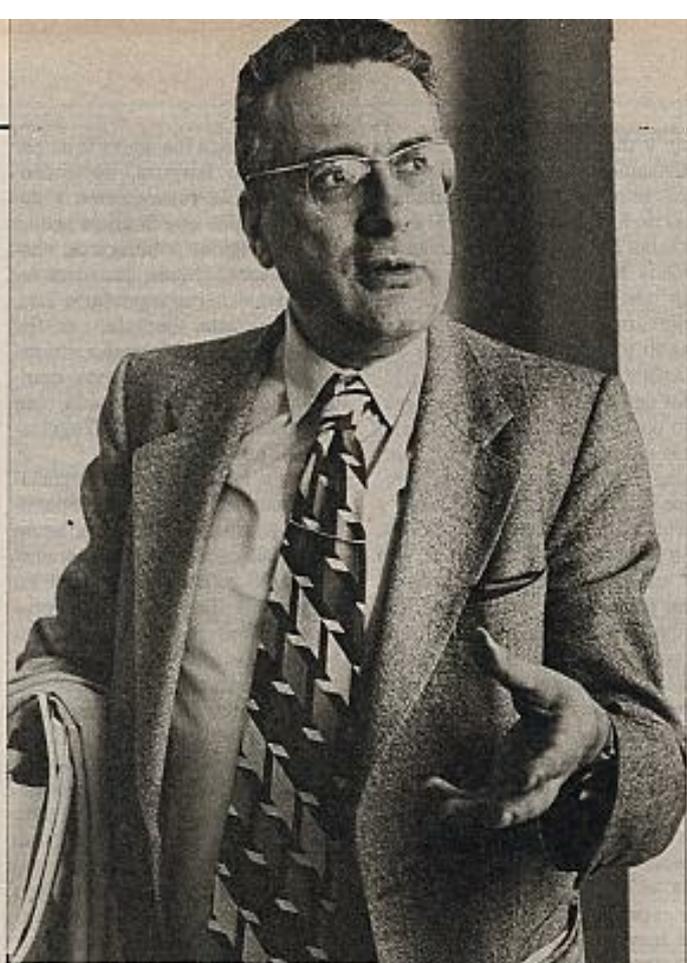
Ernest Mandel (*): La idea de autodefensa, en el caso de la URSS, no puede vincularse exclusivamente a fenómenos de índole militar. Sigue siendo evidente que la burocracia soviética, por razones de conservadurismo social, está básicamente interesada en el mantenimiento del "statu quo", en la política de coexistencia pacífica. Y así evita desestabilizar la situación en cualquier parte del mundo que pueda considerarse estratégicamente decisiva desde el punto de vista del imperialismo y la burguesía internacional.

Si hacemos el balance de lo ocurrido en los treinta últimos años, veremos que el Ejército soviético no ha llegado a intervenir directamente en apoyo de ninguna revolución: ya fuese la china, la vietnamita o la cubana. Tampoco ha sido ese el caso en la guerra de Corea.

Ahora bien, esa línea estratégica general no significa que la burocracia soviética no tema seriamente la posibilidad de que ciertos acontecimientos próximos a su frontera, tengan una influencia negativa de puertas para adentro, incluida una influencia disgregadora para su propio poder. Ese temor determinó su intervención militar en Hungría, en el 56, y en Checoslovaquia, en el 68.

¿Cabe atribuir ese mismo sentido a los sucesos de Afganistán? Posiblemente. Aunque no poseemos todos los datos, la motivación fundamental de la intervención soviética en Afganistán parece ser idéntica.

(*) Destacado economista y teórico trotskista. Entre sus obras traducidas al castellano figuran: "Tratado de economía marxista", "El capitalismo tardío", "Ensayos sobre el neo-capitalismo", "Introducción a la teoría económica-marxista", "Control obrero, consejos obreros y autogestión" (todas ellas de la editorial Era), "La concentración económica en los Estados Unidos" (Amonortu), "La crisis", "Alienación y emancipación del proletariado", "Crítica del eurocomunismo" (las tres de Fontamare), "Introducción al marxismo" (Akal).



Mandel: "La situación estratégica de Yugoslavia es tal, que parece muy improbable una intervención soviética".

Ernest Mandel: La guerra fría es un engaño

JOAQUÍN RABAGO

ca. Es cierto que allí no se ha producido una revolución política que —como en los casos húngaro o checoslovaco— pudiera encontrar eco entre los obreros de la propia URSS. Ahora bien, una derrota del Ejército soviético por las guerrillas islámicas, después de lo ocurrido en el Irán, podría influir sobre las poblaciones islámicas que son mayoritarias en algunas repúblicas asiáticas de la URSS.

Hay que considerar también un segundo hecho como es el debilitamiento de la capacidad de intervención del imperialismo tras su derrota en el Vietnam. Debilitamiento de orden político, no militar. No creo en absoluto en la superioridad del Pacto de Varsovia sobre el bloque occidental. Todo lo que en ese sentido se está diciendo y escribiendo últimamente en la prensa occidental debe considerarse como una

gran mistificación, un colosal engaño.

Lo que ocurre es que, tras su derrota en el Vietnam, el imperialismo se encontró con una situación de rechazo por parte de la opinión pública (tanto en los propios Estados Unidos como en la Europa Occidental): de rechazo de la posibilidad de nuevas aventuras militares. De esa forma, durante unos años —prácticamente desde el 75 hasta el 79— no hubo, por así decir, ningún género mundial del capitalismo. Pero eso se ha acabado. Los Estados Unidos han utilizado la cuestión de los rehenes en Teherán y la intervención soviética en Afganistán para organizar ese cambio en la opinión pública que necesitan con urgencia para poder de nuevo intervenir militarmente en cualquier región del mundo donde el imperialismo vea amenazados sus intereses.